

CAPÍTULO XII

LA NUEVA EDUCACIÓN

El pensamiento ha de concretarse en obra para que de lección aproveche, pues nunca lo enseñarían ni la pluma ni la lengua. Como hebra de oro se deslizará a lo largo de la vida con centuplicado fruto.

No hace mucho tiempo se exhibía en Nueva York un caballo que ejecutaba maravillosos ejercicios y cuyo domador declaraba que cinco años atrás no hubiera creído posible adiestrarlo de aquel modo, pues era enojadizo y a cada punto coceaba y mordía, al paso que la doma lo había convertido en obediente, cariñoso y dócil, hasta lograr que, entre otras habilidades, conociera las cifras, deletreara palabras y contase números.

Sin embargo, el domador no había adelantado gran cosa con el inteligente bruto mientras para enseñarle empleó el látigo y el maltrato, por lo que le fue preciso variar de procedimiento, adoptando el de paciencia y mimo.

Una madre de numerosos hijos los educó sin haberles

puesto casi nunca la mano encima, pues tan sólo una vez azotó a uno de ellos. Cuando tuvo al primogénito, dijo que se sentía demasiado bondadosa para corregir a los hijos con el castigo y por ello se ceñiría a amarlos, y este amor fue el imán que de maravillosa manera mantuvo unida a la familia. Ninguno de sus hijos salió mala cabeza, y cuando ya todos fueron hombres y mujeres de provecho, veneraban a su madre.

Supo aquella bondadosa mujer despertar, avivar y fortalecer las buenas cualidades de sus hijos, con lo que no tuvo necesidad de reprimir las malas inclinaciones, de suyo sofocadas por la lozanía y exuberancia de las contrarias. El amor operó tan señalado prodigio psicológico, porque el amor es el salutífero bálsamo que cura y cicatriza las heridas del corazón.

La Historia Sagrada abunda en pasajes que denotan la eficacia del amor como agente de salud y longevidad.

¿Cuándo nos convenceremos de que el amor es armonía y que sin armonía no puede haber salud? Donde reina el afecto, no tiene asiento la discordia. El cariño es serenidad, paz y dicha; el más seguro específico contra las brutales inclinaciones. Así como la crueldad se desvanece ante la compasión, así los aviesos sentimientos tienen su antídoto en la dulce caridad y amorosa simpatía.

La madre es la suprema modeladora de la vida y el destino. El amor maternal ha contenido multitud de veces los estragos de las enfermedades del cuerpo y reparado las del alma. La madre solícita y prudente no agrava la cólera, temor, enojo, desconsuelo u otra emoción de su hijo con reprensiones acerbas, denuestos humi-

llantes y golpes depresivos, sino que apacigua y calma al conturbado con palabras cuya irrefutable evidencia avasalle su entendimiento y conmueva su corazón. Sabe que encender más el ánimo de quien ya lo tiene en brasas, sería como apagar una hoguera con chorros de petróleo.

Los orfanatos ofrecen patéticos ejemplos de cuán prematuramente pasan a la adolescencia los niños privados por la muerte del maternal cariño y de las dulzuras del hogar.

Lo mismo sucede a los hijos de familias menesterosas que habitan en las casuchas de los barrios ínfimos de las ciudades populosas, en continua familiaridad con la astucia, la picardía, la obscenidad y todo linaje de malignas influencias que amenazan hundirlos en el crimen.

Un niño así corrompido contrasta con aquel otro criado en una atmósfera de pureza, refinamiento y cultura, cuya mente está siempre abierta a las elevadas inspiraciones de la verdad, la belleza y el amor.

¿Qué probabilidades de conducirse noblemente en la vida ha de tener el niño cuyos primeros años transcurrieron entre continuadas escenas de abyección? Así es muy importante que el niño no vea ni oiga nada de cuanto pueda deprimir su carácter y desviar su pensamiento de los puros ideales.

Hemos de ser muy indulgentes con los hombres viciosos o desequilibrados cuya niñez estuvo sumida en la brutalidad y el crimen, con la mente contaminada de impuros pensamientos.

Conviene recordar que la mente infantil es tan deli-

cada como una placa fotográfica que fija y retiene la imagen de cuantos objetos entran en su campo de exposición. Las primeras sensaciones son como el molde del carácter a que más tarde se ha de ajustar la vida. Para alentar a un niño y estimularlo a que se porte lo mejor que pueda es preciso poblar su ambiente de fúlgidas, esperanzadas, optimistas y generosas representaciones que le infundan confianza en el éxito.

De mayor ventaja que la más pingüe herencia es para el niño recibir desde sus primeros años la educación conveniente para acostumbrarle a pensar rectamente y armonizar su ánimo con el aspecto luminoso y optimista de todas las cosas. Mantened la mente del niño bañada en una atmósfera de armonía y verdad y no habrá en ella sitio para la discordia y el error. Es cruel estar reconviniendo de continuo a un niño por sus defectos y genialidades, pues con ello le deprimimos el carácter, en vez de alentarlo de modo que aprenda a estimar en justa medida sus posibilidades, sin caer en los viciosos extremos de la presunción y de la cortedad.

Por lo general, los niños tímidos, recelosos y desconfiados se muestran retraídos porque creen que les faltan las aptitudes y cualidades que en otros resplandecen, cuando acaso las tengan en grado superior, aunque latentes y dormidas, en espera de estímulo suficientemente vigoroso que las despierte. Así es una torpeza o una infamia reprimir la confianza que en sí mismo ponga un niño, dudar de su capacidad o zaherirle diciendo que en su vida ha de servir para cosa de provecho.

La mayoría de los padres no se dan cuenta de lo muy impresionables que son los niños ni de cuán fácilmente

se resienten por el menosprecio o el ridículo. Sus delicadas naturalezas necesitan cariño, estímulo, amor y aliento, a fin de que no se inviertan en negativas sus positivas cualidades, como seguramente se invertirían si siempre estuviéramos reprendiéndolos y vituperándolos.

Ya advierten los pedagogos que es mucho más fácil atraer que obligar. Los elogios, emulaciones y estímulos, cuando justos y oportunos, son de mayor eficacia en la educación del niño que las amenazas, reprimendas y castigos. El calor solar tiene infinitamente más influencia en el florecimiento y fructificación de las plantas que los vientos y las tempestades.

Cuanto quiere logra de ellos el maestro que trata con paternal amor a sus alumnos y es tan suave en la forma como enérgico en el fondo, sin consentir jamás voluntariedades ni rarezas ni emplear tampoco palabras despectivas ni golpes humillantes, sino mostrándose siempre cariñoso, afable, imparcial y justiciero, de suerte que no haya impedimento alguno de simpática comunicación entre maestro y discípulo.

A muchos padres les sacan de quicio las travesuras y picardías de sus hijos, cuya malicia es, la mayor parte de las veces, más imaginaria que real, pues generalmente proviene de la exuberancia juvenil ansiosa de respiro; y si las sofocáramos en absoluto, sería en perjuicio del normal crecimiento del niño, por lo que conviene dar a su ánimo, por medio de juegos y deportes, la expansión que de otro modo estallaría en violentas manifestaciones. Rebosan de vida los niños hasta el punto de no poder estarse quietos ni un momento, a no ser que se

les cautive la atención o se les ocupe variadamente en tareas a la par útiles, instructivas y agradables, que apacigüen su natural turbulencia y disciplinen su versatilidad. El amor es la única fuerza capaz de contenerlos y dominarlos.

No conviene que exijamos a los niños un comportamiento de hombres, ni a las niñas labores y funciones de mujeres. Esto sería contra naturaleza. Dejemos que gocen cuanto sea posible de su infancia y conciliemos prudentemente en su trato la libertad con la restricción, alentándolos y guiándolos en sus juegos, de modo que el ánimo les rebose de júbilo, pues nada más triste en este mundo que un niño precozmente varonil por haberle robado los encantos y dichas de la infancia.

Hay quienes se revuelven contra los niños acusándolos de egoístas, crueles, desagradecidos, irascibles y volubles; pero si bien suelen apuntar en ellos estos vicios de la voluntad, se debe a que el crecimiento y desarrollo de su cerebro es más rápido en unas partes que en otras, de lo que proviene un temporario desequilibrio de la mente, durante el cual se avivan las malas inclinaciones de la naturaleza inferior, para ceder más tarde, por virtud del equilibrio mental, a la influencia del buen juicio¹. Las facultades morales y el sentimiento de responsabilidad² tardan más en desenvolverse que otros rasgos del carácter. Por esta razón, en su trato con los

¹ La verdad de esta afirmación está corroborada por el popular proverbio: *sentar cabeza*, aplicado a los jóvenes que han traspuesto la edad de las calaveradas y atolondramientos, cuando, según otra locución igualmente significativa, tenían *la cabeza destornillada*. (N. del T.)

² En cambio, es muy vivo en los niños desde la primera infancia el sentimiento de justicia. (N. del T.)

niños deben los mayores envolverlos en el efluvio de amorosos y auxiliadores pensamientos que neutralicen o por lo menos aminoren los efectos del pasajero desequilibrio mental a que, por desarrollo y crecimiento de su cerebro, están sujetos.

La experiencia de la vida nos enseña con los años que la bondad y eficacia de nuestras acciones dependen más bien de la disposición de ánimo y actitud mental en que nos coloquemos, que de circunstancias fortuitas o eventuales. Por lo tanto, conviene que eduzcamos y vigoricemos las placenteras y optimistas cualidades del niño, de modo que, ya del todo fortalecidas en la virilidad, le sirvan de arma defensiva contra las invasiones del temor, la duda, el desaliento y la desesperación.

Una de las causas de la deleznable salud de que continuamente se quejan las clases acomodadas es precisamente el haberse criado en una atmósfera de aprensión y recelo con excesivos cuidados, por el temor que sus padres tenían de que enfermaran y murieran. Durante toda su infancia les envolvieron pensamientos de muerte, y así no es extraño que, ya mayores, les mueva el establecido hábito de tomar exageradas precauciones contra los riesgos de enfermedad. Esta negativa disposición entorpece de tal modo la actividad del hombre, que muchas veces lo inutiliza moralmente para desempeñar cargos, ejercer funciones y cumplir deberes a cuyo desempeño, ejercicio y cumplimiento le inclinan sus naturales aptitudes. Su prevención y remedio está en acostumar al niño a pensar en la salud, apartándolo, por medio de la higiene prohibitiva, de todo cuanto pudiera quebrantársela. Conviene enseñar al niño que la salud

es el estado normal del cuerpo humano y que la enfermedad proviene siempre de alguna transgresión leve o grave de su funcionalismo en uno de los tres órdenes: físico, intelectual o moral. Ha de convencerse el niño de que las penas y sufrimientos humanos, las angustias del ánimo y las enfermedades del cuerpo, así como todos los males que afligen al hombre, derivan de sus vicios y pasiones, de su vida desordenada, de no guardar los mandamientos de la ley de Dios y de ceder a los capitales vicios de soberbia, avaricia, lujuria, gula, ira, envidia y pereza.

También conviene tener en cuenta que la infancia es muy crédula y no pone reparo alguno a los cuentos y relatos de los mayores, sobre todo de las nodrizas, ayas, padres y hermanos. Aunque se les digan las cosas en broma, las toman en serio o por lo menos dudan de si serán o no verdad, pues tan viva es su imaginación y tan receptivas sus mentes, que todo lo abultan y exageran aun sin darse cuenta, y muchas veces los castigamos injustamente por decir embustes y mentiras que nosotros mismos les enseñamos en leyendas, cuentos y consejas, cuyas moralejas no bastan a cohonestar su falsedad.

Las nodrizas, ayas y madres ignorantes o imprudentes suelen valerse del temor para conseguir la obediencia de los niños¹ refiriéndoles cuentos de ogros, gigantes y ladrones, cuya descripción les amedrenta.

La mayor parte de los extravíos juveniles que degeneran más tarde en inclinaciones nocivas provienen

¹ Véase a este propósito la interesante obra: *La educación de los niños*, original de don Federico Climent Terrer.

seguramente de la falta de confianza de los niños en sus padres y maestros, o por mejor decir, de que éstos no supieron infundirla en sus hijos y discípulos. Cabe imaginar la decepción que ha de sufrir el niño, cuando ya mayorcito descubre que durante toda su infancia le han estado engañando los mismos de quienes debía esperar la verdad sincera. Así se ha de tener mucho cuidado en no adulterar la pureza de su mente con patrañas, supersticiones, consejas y leyendas terroríficas, que dejarán honda y siniestra huella en su vida, con riesgo de hundirles en la impiedad y el descreimiento.

Hemos de abstenernos de castigar al niño mientras esté poseído de temor y mucho menos cuando quien haya de castigar se halle bajo la pasional influencia de su cólera. Tan deprimente trato despierta muchas veces la animadversión del niño, frustrando todo intento de adelanto moral.

No basta tener aptitud; es preciso tener efectividad, y todo cuanto la entorpezca alejará las probabilidades de éxito en la vida. Así vemos hombres de excelentes aptitudes que estropean cuantos asuntos toman entre manos o se ven relegados a estados subalternos, por deficiencias mentales o morales que hubiera podido subsanar la adecuada educación durante la infancia. De esto se infiere que los futuros educadores cuidarán solícitamente de intensificar la potencia creadora del educando, para aumentar con ello las probabilidades de éxito y disminuir las de fracaso, fortaleciendo las cualidades débiles y compensando las inclinaciones unilaterales, a fin de obtener en último resultado el equilibrio de la mente. Deplorable labor educativa es la del colegio

que anualmente echa al mundo una promoción de jóvenes con la cabeza llena de farragos inútiles, faltos de confianza en sí mismos e incapaces de pronunciar cuatro palabras en público.

La educación futura tendrá muy en cuenta que cuanto el alumno aprenda ha de serle física, intelectual y moralmente provechoso y utilizable a voluntad en las necesidades de la vida. Porque ¿de qué sirve la educación si no podemos saborear sus frutos? ¿De qué los conocimientos si nos faltan precisamente aquellos cuya posesión nos libraría de muchos tropiezos y nos abriría seguros caminos para la realización de nuestros anhelos?

Preliminar indispensable de la educación integral y armónica de las facultades y aptitudes del niño es la educación de la mente por medio de ejercicios que adiestren al niño en el difícil pero valiosísimo arte de pensar y discurrir por sí mismo.

CAPÍTULO XIII

LONGEVIDAD

El cuerpo parece joven en el viejo, y viejo en el joven, según el hombre se crea joven o viejo.

Un multimillonario norteamericano aseguraba que de buena gana daría diez millones de dólares por diez años más de vida. Sin duda que también hubiera dado cien millones.

¡Cuán amable nos parece la vida! Aun el hombre más desgraciado, el criminal de más aflictiva condena no consentiría en cercenar de su existencia ni siquiera una hora. Cualesquiera que sean nuestros anhelos, todo lo posponemos al amor a la vida, y por lo mismo necesitamos enaltecerla y acrecentarla en todo lo posible.

Nos asustan las primeras canas, las primeras arrugas, los síntomas de vejez, y deseamos conservarnos frescos, pujantes y robustos. Pero la mayoría de las gentes no toman las necesarias precauciones para mantener su juventud y vigor, sino que, por el contrario, infrin-